

DISCUSIÓN

Revista mensual Precio \$ 15.- Septiembre de 1963

SUMARIO

Ismael Viñas

Examen de la burguesía
argentina

Roberto M. Pena

Respuesta radical

6

Documentos: Manifiesto de Constitución de A.C.S.A.

Ismael Viñas

EXAMEN DE LA
BURGUESÍA ARGENTINA

El artículo que sigue es la segunda y última parte del análisis efectuado por el dirigente del Movimiento de Liberación Nacional para contestar a la encuesta que abrimos en el N° 4 de esta revista sobre las posibilidades de la U.C.R. del Pueblo de concretar algunos puntos fundamentales de su programa electoral.

La primera parte de esta nota (ver *Discusión* N° 5) terminaba preguntando: ¿No quedará, pues, nada de las promesas radicales?

Adviértase esto: Si bien lo que *realmente* ha prometido la UCRP es mucho menos de lo que puede desprenderse de su programa (el "Programa de Avellaneda"), todavía es bastante ambicioso. Nada más y nada menos que la expulsión de los monopolios petroleros y eléctricos y la instauración de un régimen republicano-democrático burgués. Tales promesas constituyen las banderas típicas de las revoluciones nacionalistas burguesas de los países coloniales. Sin entrar siquiera a discutir si es posible que una revolución burguesa logre llevar a cabo transformaciones en la estructura sin instaurar una dictadura (y la historia ha demostrado que es imposible), veamos en qué condiciones afronta el radicalismo del Pueblo lo que ha prometido.

Para establecer efectivamente una política determinada, una clase o grupo de clase necesita contar con la fuerza suficiente como para imponerse a las otras clases que constituyen con ella un mismo ámbito social, y ser capaz de crear condiciones por las cuales cuente con apoyo suficiente entre esas otras

clases, es decir, aliar o asociar a sus tendencias e intereses grupos sociales que le permitan sostener su hegemonía.

Esta descripción general abstracta comprende varios contenidos, que varían además según qué clases sean las que estén realizando su proceso de "ocupación" de la sociedad. Aplicada en concreto a un país como el nuestro, dependiente-periférico, de un relativo desarrollo capitalista, y pensando en las posibilidades de desarrollo burgués, esa descripción significa lo siguiente: que un grupo de la burguesía podrá plantear y llevar a cabo la política que responda a sus tendencias e intereses, si es capaz de imponer esa política al resto de los grupos burgueses, y logra contar con un mínimo de consentimiento pacífico de parte de las otras clases. Para eso es necesario que exprese fuerzas productivas en expansión relativamente más poderosas que aquellas que corresponden a otros grupos burgueses, y que cuente con un mercado consumidor para su tipo especial de producción suficientemente amplio y suficientemente dinámico como para permitir un desarrollo general de la sociedad que asocie a otros grupos sociales a ese desarrollo.

De dos modos puede producirse ese proceso en un país como el nuestro: un modo dependiente y un modo nacionalista. En el primero, un grupo de la burguesía se asocia a un centro imperial, que obra como mercado consumidor especializado, al mismo tiempo que como centro proveedor-explotador del total de la sociedad dependiente. Si ese centro imperial está en expansión como mercado consumidor, permite un desarrollo general del país dependiente, aunque al mismo tiempo lo deforme al mantenerlo como provincia periférica. Eso es lo que ocurrió durante el período que va desde 1853 hasta los alrededores de 1925, período durante el cual nuestro país se expandió como mercado productor de materias primas del centro imperial inglés, y durante el cual la burguesía oligárquica vaticana mantuvo casi sin alteraciones su hegemonía.

En el segundo, un grupo burgués crece en base al mercado consumidor interno, pero apoyando ese crecimiento en una particular coyuntura del sistema imperialista que le permite nosotros una relativa independencia. Tal fue el caso del peronismo entre nosotros (crisis interimperialista, que permitió cierta libertad de maniobra, y una expropiación indirecta de las rentas de la burguesía agropecuaria), o es el caso del nasserismo, en donde las fricciones mundiales coinciden con la particular ubicación geo-política de Egipto, que le permite a Nasser maniobrar entre el mundo capitalista y la Unión Soviética.

Ya vimos en la primera parte como en estos momentos ningún grupo burgués puede tomar esa suerte de "liderazgo". La oligarquía sufre simultáneamente las consecuencias del estancamiento de la producción agraria y del estrechamiento del mercado-centro inglés. Esa situación ha ido debilitando su fuerza en relación a una sociedad que a su vez ha seguido creciendo: no sólo ha aparecido una producción industrial que ya hace treinta años alcanzó y pasó a la producción agraria, no sólo ha aparecido un relativamente vasto proletariado industrial, sino que, simplemente, la sociedad argentina ha crecido y se ha hecho más compleja. Hoy, la oligarquía ganadera ya no domina como antes a los otros grupos de la burguesía y ella misma está debilitada y fracturada. Eso no quiere decir que no tenga mucha fuerza todavía: es aún el grupo burgués más poderoso económicamente, pero ya no es homogénea, pues tiene en su seno intereses contradictorios, y la base de su poder ha perdido dinamismo y peso. El estancamiento de la producción agropecuaria se debe en gran parte a la pérdida de la capacidad adquisitiva de nuestro mercado tradicional, Londres, pero también a la estructura misma de nuestra propiedad

agraria, a la consecuente debilidad de las técnicas de explotación, y a la aparición de otros países productores de los mismos bienes (Canadá, Estados Unidos) con una capacidad de exportación enormemente superior. A la vez, algunos grupos de la oligarquía ganadera se han asociado a la industria, lo que si bien los favorece en particular, introduce intereses heterogéneos en el seno del sector oligárquico en su conjunto.

Otros antiguos grupos de nuestra burguesía (viñateros, cañeros), tradicionalmente sujetos a la oligarquía ganadera, aunque más libres ahora de ella, ni han logrado crecer como para transformarse a su vez en líderes de la clase, ni han hallado otro grupo hegemónico al cual asociarse. Sus bases materiales son demasiado débiles para lo primero (en cuanto productores de bienes primarios de consumo para el mercado interno), y la otra posibilidad simplemente no existe. Al menos, por ahora.

En efecto, a partir de 1943, las nuevas fuerzas productivas desarrolladas en nuestro país y las formas más nuevas del imperialismo intentan expresarse y tomar el dominio de nuestra sociedad. Pero todavía ninguna de esas fuerzas ha logrado cristalizar en torno de sí un núcleo suficientemente poderoso de nuestras clases dominantes como para imponerse y consolidarse.

A partir de 1930, se han producido algunos hechos, de trascendencia inmediata en la vida de nuestro país, que todavía no han sido señalados suficientemente en su totalidad, aunque hayan sido advertidos. Es ya un lugar común mostrar los efectos sociales y políticos del rápido desarrollo industrial ocurrido a partir de 1935. No, en cambio, los efectos de las transformaciones habidas dentro de los centros imperiales, salvo en lo que se refiere a los avatares de la lucha entre dichos centros.

Esos años se marcan por dos fenómenos simultáneos dentro del sistema capitalista: por una parte, la agudización de la lucha entre los centros imperiales (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Japón, Italia, Francia, etc.), lucha que ha pasado por diversas etapas, por cambios velocísimos y todavía sin definición total. Desde el enfrentamiento entre Inglaterra, Rusia, Francia, Estados Unidos, Japón, Italia y los "Imperios Centrales" en 1914, hasta la actual nueva división aparente de fuerzas, con Estados Unidos-Japón-Inglaterra por una parte, y el "Mercado Común Europeo" por la otra, han pasado infinidad de cosas: otra guerra mundial, enfrentamientos parciales entre uno y otro centro, etc. Pero tres hechos permanecen más o menos constantes: La presencia de un centro capitalista en continuo ascenso, Estados Unidos, que reemplaza lentamente al antiguo centro hegemónico, Inglaterra; la constante nucleación de la forma capitalista típica de la faz imperialista, los monopolios, en torno a centros nacionales imperiales; la interpenetración de los monopolios a través de las fronteras de esos centros nacionales. La combinación de esos tres hechos, es lo que ha marcado los lineamientos de la política internacional. Pero al lado de eso, lo que no se ha señalado con tanta eficacia es la aparición y gigantesco desarrollo de nuevos trusts, basados en la explotación de elementos relativamente "modernos" para el hombre, que han cambiado las relaciones de fuerzas en el corazón mismo del mundo capitalista imperial, y, consecuentemente, en la periferia de ese mundo, a través de formas nuevas de explotación colonial. Estoy refiriéndome a los monopolios petroleros y químicos, y a su subsidiario, el del automóvil, que a su vez han producido cambios en los monopolios financieros. El mundo capitalista imperial estaba dominado hasta fines del siglo pasado por el carbón, los ferrocarriles, el acero, las fábricas de tejidos naturales (lana, algodón). Ellos marcaron el llamado mundo "victoriano", el de Disraeli, Napoleón III, Bismarck. Y a ese mundo fue adaptada la Argentina,

como país productor de carne, cereales y fibra de lana. Hacia 1930, ya los nuevos monopolios han desplazado a sus antecesores, y nuevas necesidades y tendencias imperialistas van reemplazando a las antiguas. Son los imperios más nuevos, o los que han debido reconstruirse sobre bases nuevas por haber sido derrotados en la guerra inter-imperialista del 14, los que más rápidamente se adaptan a la nueva situación, y los que modifican las formas de penetración imperialista.

En nuestro país, los cambios se traducen en: la penetración imperialista directamente a través de la radicación de industrias (construcción, del acero, químicas, en la etapa 1935-45; del automóvil, de los tejidos sintéticos, etc., después); en la penetración y lento predominio de los automotores sobre el ferrocarril, con la consiguiente construcción de carreteras; y en la lucha del petróleo, que toma sólo formas comerciales en 1930, para ampliarlas recién en 1955, cuando el esfuerzo nacional había revelado la riqueza de nuestros yacimientos, coincidiendo con el avance de la revolución socialista, que ha trastocado el mapa de Oriente.

Es sólo si se advierte la importancia de esos hechos, y se los asocia con los resultados del crecimiento de nuestras fuerzas productivas internas, que la historia política de los últimos treinta años argentinos adquiere su verdadero significado. En el período que va de 1943 a 1952, las fuerzas político-sociales que expresan el reciente desarrollo, intentan realizar la creación de un centro capitalista autónomo (de una nación en el sentido burgués) aprovechando el debilitamiento de los centros imperialistas. Expropia las industrias a los monopolios alemanes (dando origen al monopolio estatal DINIE), e intenta explotar a los otros centros a través del mayor precio que puede obtenerse por nuestras materias primas. El intento falló por una sola causa general: la debilidad de su base material. Esa debilidad se traduce en factores puramente económicos: falta de una industria pesada, de una estructura económica de fondo suficiente para sustentar el desarrollo industrial (transportes, energía, combustibles); y en uno social: la inexistencia de una gran burguesía con la necesaria conciencia como para llevar a cabo consecuentemente el intento. Escasos burgueses que representaban a la industria liviana, burócratas y políticos que tuvieron que asumir al mismo tiempo el papel de tales y de empresarios, no fueron suficiente para reemplazar lo que tuvo, por ejemplo, detrás de sí Bismarck. Entre éste y Perón sólo hubo en el fondo esa diferencia, la falta de una gran burguesía capaz (así fuera de origen latifundista) y la muy distinta situación mundial: a la debilidad interna, correspondía un desarrollo muchísimo más alto de los centros capitalistas dominantes.

Esa debilidad relativa de recursos, es lo que causó el fracaso del peronismo; el fracaso, nunca será esto suficientemente señalado, en realizar una política nacional burguesa, que llevara a la creación de una nación burguesa. La clase que debía haber llevado a cabo esa tarea, lo enfrentó en su mayor parte, incapaz de superar su apego a un viejo orden que ya era imposible, incapaz de tomar sobre sí las difíciles, duras tareas que exigía la creación de un orden, de una sociedad nuevos. Aun los grupos que desde el ángulo puramente económico no tenían otra posibilidad que el desarrollo nacionalista burgués, resultaron incapaces tanto en lo político como en el más restringido terreno de sus empresas particulares. Nuestra escuálida burguesía industrial no supo aprovechar su oportunidad. Vivió como parásita del fácil crédito que fluía a través de la expropiación de los precios de los productos del campo en el mercado internacional, de la semi-expropiación de la renta de la tierra, y de un mercado consumidor ávido y propiciado. Incapaz de asumir la tarea

política que se le proponía, como medio de fortalecer su fuerza como empresarios individuales, fue incapaz también de ampliar su propia capacidad como burguesía industrial. Especuló con el crédito, gastó en bienes de consumo suntuarios, incluso soñó con poseer ella también "campos y ganados". Todo, menos reinvertir en sus propias empresas.

Cuando la situación en el orbe capitalista se "normalizó", cuando los precios internacionales tornaron a ser contrarios a las materias primas, cuando se agotó el crédito, el Estado estaba al borde de la cesación de pagos, y las empresas privadas también. Políticos y empresarios del sueño nacional burgués habían fracasado. Y pensaron, todos, que la solución sólo podía lograrse acudiendo a la ayuda del propio imperialismo, al mismo tiempo que se trataba de aumentar la plus-valía interna, explotando a la clase obrera local un poco más. Ese fue el significado de la vuelta a la libre empresa proclamada en el Segundo Plan Quinquenal, del empréstito tomado por el gobierno peronista, de las tratativas con la "California", y del Congreso de la Productividad. El intento de crear una nación burguesa, un centro capitalista autónomo, había sido abandonado, aunque se siguieran utilizando sus símbolos. Abandonado y reemplazado por la tentativa de asociarse bajo nuevas formas, y con la participación de otros grupos de nuestra burguesía, al sistema imperial, adecuándose en cierta medida a la nueva relación de fuerzas, ya descripta, dentro de los centros imperiales. En cierta medida, pero no del todo: no era posible que ese reajuste se produjera sin trastornar nuestra estructura económico-social, sin destrozar a buena parte de nuestra burguesía, vieja y nueva. La lucha entre los diversos centros imperiales, entre los diversos grupos de intereses que se disputan el orbe capitalista, y entre los diversos grupos de nuestra burguesía por asociarse al imperialismo, por imponerse junto con sus socios mayores sobre los demás, y, en vastos sectores, simplemente por sobrevivir, constituye el motor y el telón de fondo de nuestra política a partir de 1952, cuando Perón había iniciado en gran escala sus tratativas con Estados Unidos, llamando a la oposición a la conciliación nacional: fue Pinedo quien encabezó la respuesta afirmativa a ese llamado, en carta abierta publicada en el diario "Clarín" del 2 de julio de 1953.

Perón fue derribado, en primer lugar por quienes lo habían apoyado, por no ser el instrumento apto para solucionar los contradictorios problemas de nuestra burguesía. Lonardi, Aramburu, Frondizi, con diversos signos, apoyándose en diferentes grupos burgueses, no representaron más que intentos de realizar aquello para lo cual "el último Perón" demostró ser incapaz. La utilización de una jerga de conciliación social, el "integracionismo", y el resto de algunos slogans nacionalistas de parte de Frondizi-Frigerio, así como el similar intento de los demócratas cristianos, no representan sino la cobertura ideológica que utilizan algunos grupos burgueses para dar base política a su intento real: el de lograr asociarse al imperialismo, como modo de subsistir. Algunas empresas ya lo han logrado en contratación directa con los monopolios internacionales (ACINDAR, SIAM), cuando existió interés de parte de esos monopolios en radicar industrias directamente aquí. Es la continuación de la nueva política inaugurada en gran escala después de la crisis de 1930. La burguesía en su conjunto sueña con poder lograr lo mismo de modo colectivo, en cuanto clase, a través de los préstamos de los organismos internacionales, y del ingreso de dólares "radicados".

Es decir que el conjunto de nuestra burguesía, examinada grupo a grupo, muestra en estos momentos una sola tendencia: la de asociarse a los centros imperiales para subsistir como clase, dejando de lado toda pretensión de

independencia. Esa actitud no es mera debilidad subjetiva: coincide con las limitaciones que nacen de la estructura del sistema, que exigirían a cualquier grupo burgués una decisión heroica tratar de superarlas; hoy, cuando las ilusiones fáciles son imposibles.

Esto no quiere decir que las tendencias hacia la formación de una nación hayan desaparecido. Ellas subsisten objetivamente en toda sociedad dependiente. Pero en nuestra burguesía, esas tendencias están en estos momentos constreñidas, reducidas casi a lo estrictamente económico, y pensadas más en términos de defensa que en términos de expansión. Es incluso curioso comprobar cómo los cambios producidos en el sistema, obligan en estos momentos a algunos sectores de la burguesía ganadera oligárquica a comportarse como uno de los pocos sectores burgueses que proponen medidas de cierta independencia: el comercio con los mercados socialistas y europeos, por ejemplo.

En este momento de retroceso de los sueños nacional-burgueses, es precisamente, cuando toma el poder formal el radicalismo del Pueblo. Ya vimos qué es la UCRP. ¿Es ser demasiado maligno sostener que no está en condiciones, no ya de llevar a cabo un programa nacionalista-democrático burgués, sino ni siquiera una coherente y más o menos sólida política de asociación con los centros imperiales? Formada por grupos que responden a intereses y a tradiciones contradictorios, sin cuadros, sin grandes políticos, sin figuras que se impongan al partido, la UCRP está destinada a vivir sometida a las presiones de todos los grupos burgueses desde el primer día de su gobierno. Salida de emergencia lograda como un medio de postergar los problemas, representante indirecta de una clase que hoy no sabe cómo gobernar ni para qué, ¿qué quedará de las promesas radicales?

Nada. No creo ser muy original al decir esto. Me limito desde ya a repetir las conclusiones de mi partido (periódico "Liberación", Nros. 17/18, "Cuadernos de liberación", números 6 y 7). Pero además, si en los primeros días apuntó alguna tímida esperanza respecto de los recién triunfantes radicales, hoy ya se está hundiendo de a poco, melancólicamente, entre discursos churriguescos de Balbín y vacuos silencios de Illia.

Algunos diputados presentarán proyectos sobre todo lo que existe bajo el sol. No pasará nada. Algunos grupos de la burguesía exigirán medidas en su favor: protección aduanera y cambiaria, subsidios de apoyo a la exportación. Las conseguirán aquellos que tengan fuerza para imponerse, y que lograrían lo mismo con cualquier otro gobierno actual de la burguesía; es decir, solamente los sectores asociados al imperialismo, se trate de exportar carne o automóviles para armar. Como está ocurriendo ahora, bajo este gobierno. Como ocurrió con Frondizi. Se va a aflojar un poco en materia de represiones político-gremiales, hasta que el malestar obrero presione demasiado, hasta que la ultra-derecha se ponga histérica y golpee... sobre la mesa. Como ocurrió con Frondizi.

Tal es el panorama ante el cual nos encontramos: todos los sectores de la burguesía argentina están en retroceso, en lo que se refiere a sus tendencias hacia la creación de una nación. Todos, incluso el sector que continúa dirigiendo al peronismo, que forma la espina dorsal de sus cuadros políticos, y al que en su momento de euforia expresó el nacionalismo peronista. Este es un momento de saqueo y arrebatina, en el que van muriendo los menos poderosos en tanto se consolida la asociación de los más fuertes con el imperialismo, en medio del proceso de reajuste del sistema imperialista mismo. Por eso todos

los partidos burgueses se debaten en crisis, divisiones e intentos de alianzas o alianzas efímeras (como la del peronismo con la UCR), que reflejan aquella situación de fondo y de cierta manera esbozan las tentativas de solución que la burguesía propone.

Ante este cuadro ¿qué papel toca cumplir a la izquierda, a los partidos revolucionarios, o que se proclaman tales? ¿Cómo debemos actuar ahora, en este momento? La pregunta no es ociosa, porque si la burguesía patea la hoy en un aparente callejón sin salida, los partidos de izquierda se han demostrado hasta hoy, y así siguen, absolutamente incapaces para hacer frente a la situación. Ni a esta de hoy, ni a las que la historia nos fue presentando en los últimos cincuenta años. Es decir, desde que existen partidos de izquierda en este país.

No se tome esto demasiado a mal. Oígame bien: no exijo, nadie exige, que la izquierda hubiese llevado a cabo la revolución, o que la lleve a cabo en estos días próximos. Pero es que hasta ahora, hasta el mismo día de hoy, los partidos de la izquierda tradicional no han sido capaces ni de plantear el camino para llegar a hacer la revolución, ni de existir real y efectivamente como partidos, que propongan la existencia de caminos y soluciones de izquierda, las hagan sentir ante las masas populares, y pesar ante el poder burgués. Y de eso se trata, precisamente. Ignorar este problema, que es nuestro problema, mirar con animadversión o desprecio a quienes lo plantean, no ayudará a solucionarlo. No basta refugiarse en la soberbia subjetivista de declararse "vanguardia" de la revolución, "expresión o partido de la clase obrera", o en el objetivo pero mecanicista conformismo de saber que la revolución socialista "está escrita en la historia". La verdad, la dura verdad, es que hasta ahora los partidos de izquierda no han, no hemos, tenido realmente peso político en la vida nacional. Los pocos y relativos éxitos de la izquierda, en el mejor de los casos solamente electorales, han sido hasta ahora negativos (como aliados de la derecha liberal), o por lo menos ambiguos. Es más: hasta bastante después de 1945, ni siquiera el papel ideológico de la izquierda fue muy lucido. Su mejor mérito fue hasta entonces, en este terreno, traducir y hacer conocer los clásicos. Sólo bastante después de esa fecha y sobre todo por la presión resultante de la existencia del peronismo, ha comenzado a existir un debate mínimo, que aun hoy no ha rendido sin embargo demasiados frutos.

Es fácil, claro, contestar, "la única salida para el problema nacional es la revolución", "el capitalismo está caduco y condenado", "las burguesías locales no pueden realizar su propia tarea: la de crear la nación burguesa", "el proletariado ha de tomar a su cargo el trabajo inconcluso". Todo eso es cierto. Pero ¿y qué?

Si planteamos la cuestión en sus términos reales, puede sintetizarse así: ¿Cómo ir cobrando la fuerza necesaria para, en su momento, plantear la disputa por el poder? ¿Cómo, mientras llega ese momento, tener peso político efectivo, o, dicho de otro modo, cómo hacer aparecer mientras tanto una alternativa de izquierda a los ojos de las clases populares, que efectivamente sea una alternativa y no una mera propuesta abstracta? Pero además, y esto tienen derecho a preguntárnoslo aquellos a quienes nos dirigimos proponiéndonos trabajar juntos por la revolución: ¿Qué proponemos mientras tanto para evitar que el pueblo sea esquilado sin remedio, para impedir que sobre su espalda recaiga, íntegra, la crisis del sistema y de las clases dominantes?

Si miramos durante un momento la cuestión, veremos que los diversos

términos de la misma resultan tener una única raíz y una misma respuesta. Es más: ofrecen en el mismo planteamiento la respuesta, hasta el punto de ser las tres preguntas inseparables. Si contestamos sólo a la primera, fácilmente caeremos en el super-revolucionarismo, en el infantilismo de izquierda espontaneista que contesta: "Ya. La salida está en sacar la revolución a la calle, producir hechos que empujen a las masas, que obliguen a la represión. Con esto se habrán creado las condiciones necesarias, al ir provocando una sucesión de acciones populares que traerán la represión, lo que a su vez excitará la reacción popular, lo que a su vez aumentará la represión, etc." Si contestamos solamente a la segunda pregunta, iremos a desembocar en la sucesión de acciones populares que traerán la represión, lo que a su vez excitará la reacción popular, lo que a su vez aumentará la represión, etc." Si contestamos solamente a la segunda pregunta, iremos a desembocar en la sucesión de acciones populares que traerán la represión, lo que a su vez excitará la reacción popular, lo que a su vez aumentará la represión, etc." Si contestamos solamente a la tercera pregunta, nos llevaría de un modo o de otro al puro reformismo, a la acción sin objetivos revolucionarios, sin perspectivas de solucionar jamás el problema de fondo, ya sea por vía del clásico reformismo social-demócrata, ya por la de nuestro actual reformismo populista que constituye, desde la izquierda, la otra faz del "integracionismo".

Puede aceptarse (o en todo caso se trata de una discusión diferente) que en los países centrales sea posible lograr un mejoramiento sustancial del nivel de vida de la clase obrera, porque allí ésta participa en alguna medida del despojo que las burguesías imperialistas llevan a cabo en las colonias. Puede incluso aceptarse que en las condiciones de prosperidad basada sobre la explotación colonial, las burguesías acepten la existencia de una democracia política que disimule la dictadura de su clase. De hecho así ha ocurrido, incluso como un medio más para asociar al proletariado al sistema imperial. Es aun posible que, en momentos de prosperidad, la vigencia de la democracia sea tal que permita durante cierto tiempo la subsistencia de partidos marxistas poderosos. Claro está que esto último será a cambio de que esos partidos renuncien a realizar la revolución por medios violentos, y acepten la idea de un pacífico cambio que lleve por vías graduales del capitalismo al socialismo: eso ocurrió con la vieja social-democracia europea, y está ocurriendo con el comunismo italiano y francés.

En nuestros países, porque no tenemos renta ajena que repartir, sino que es nuestra renta la que fluye a los centros imperialistas, todo reformismo es imposible, así ahora adopte la nueva forma de la transición pacífica, de la revolución sin lucha revolucionaria de hecho. Y también todo democratismo, toda creencia en que va a ser posible vivir una legalidad amplia y larga. Nada digo de algún tipo de coparticipación en el poder. Esta sería viable si renunciáramos a nuestros objetivos, si de hecho nos transformáramos en instrumentos de la dominación burguesa, sea cuales fueren las palabras que usemos para ocultarlo. El ejemplo de la Cuba de Batista o del Chile de González Videla, cuando se permitió la participación comunista en el gobierno, son algo más que terminantes. Esto debe hacerse carne en nosotros: en la periferia no hay lugar para el reformismo y el democratismo, porque éstos sólo tienen larga vida allí donde la propia burguesía prospera, y precisamente viviendo de esa prosperidad, como socios menores de la burguesía. Es más, el populismo de izquierda, la izquierda peronista, que tanta razón tuvo y tiene frente a los partidos de la izquierda tradicional, la tuvo mucho más en el momento en que algunos sectores de la burguesía local actuaban como "bur-

guesía nacional", y porque existían condiciones para el desarrollo burgués. Pero así como la izquierda tradicional se convirtió de hecho en aliada de la burguesía colonial-liberal, por no entender el proceso nacionalista burgués, la nueva izquierda corre hoy el riesgo de transformarse en un ala de la burguesía populista, precisamente en el momento en que del nacionalismo original sólo resta el populismo como una de las formas del "integracionismo". Eso es lo que puede ocurrir hoy a la izquierda nacional, y en buena medida al socialismo de Vanguardia, oscilando entre el super-izquierdismo y un populismo más o menos inconsciente.

En la actual situación, cuando muchas ilusiones van borrándose (el revolucionarismo espontáneo, el populismo, el reformismo, el democratismo, el nacionalismo burgués), si nuestras tareas se han hecho más difíciles, es precisamente porque se van mostrando más reales y concretas. Somos nosotros quienes debemos ser capaces de ponernos a su altura.

No basta invocar la revolución, desde luego. Pero ella debe ser nuestro objetivo. Y para que pase de la mera declaración, métodos y formas están a la vista: Es necesaria, imprescindible, la existencia de una organización revolucionaria, de un partido, que tome sobre sí las tareas concretas de la preparación revolucionaria y de su realización. Ese partido debe ser independiente de los movimientos burgueses o dirigidos por la burguesía, para poder actuar con autonomía y eficacia. Pero, al mismo tiempo, debe llegar a expresar cabalmente las tendencias de las clases populares, ser capaz de interpretarlas, de ligarse a ellas, y de movilizarlas. Sus métodos tácticos deben ser a la vez revolucionarios, no sólo para no desviarse en el legalismo, sino también para formar a sus militantes en la acción.

Si somos capaces de realizar esa tarea, estaremos contestados los tres términos del problema. A medida que cobremos fuerza, iremos apareciendo ante las clases populares como la alternativa real, y podremos presionar sobre el poder, mientras llega el enfrentamiento definitivo, para mejorar las condiciones de las mismas masas. Ellas serán entonces las que irán imponiendo sus condiciones. Y a medida que vaya apareciendo ante las masas la realidad de su propia potencia, y la viabilidad de la salida revolucionaria, ésta se irá poniendo más cerca, hasta que sea posible la disputa real por el poder.

La tradicional, inveterada separación que ha tenido la izquierda con el país, existe sin embargo aun más. Exige asumir el proyecto nacional. Pero planteado no lo que es, como la concreción de las tendencias de las clases populares, del proletariado, no como reivindicaciones de la burguesía que la burguesía no ha llevado a cabo, mera defensa de intereses concretos de la nación burguesa inconclusa. Y como objetivo nuestro, propio, no como paso táctico. Ligarlo a las reivindicaciones inmediatas, a través de las cuales es imprescindible hacer ver en cada caso lo que allí, detrás de la lucha concreta está presente: el logro de una sociedad que nos pertenezca, que sea hecha por nosotros a la medida humana. No se trata aquí de oportunismo, dirigido a clases populares que suponemos aún inmaduras para ver la sociedad sin clases como posible, y que entonces recurre a la apelación nacionalista para comover estímulos que no son, estrictamente, propios de la izquierda. No. Se trata de que detrás de la nación burguesa, más allá de la nación burguesa, de esa nación realizada sobre la propiedad privada de los instrumentos económicos de producción y limitada por las posibilidades mismas de esa apropiación, está prefigurada otra nación, diferente de aquella, con otros límites geográficos, pero igualmente "nacional": la nación sin clases, realizada por la clase obrera. En un mundo en donde las relaciones entre los individuos, entre los grupos dentro

de cada sociedad particular, y entre los pueblos, no se base ya en la explotación de unos por otros, en donde la propiedad de los medios de producción pertenezca a la colectividad, serán precisamente los instrumentos productivos no susceptibles de apropiación privada: el lenguaje, las costumbres, la tradición, los que darán forma específica a las sociedades humanas. Es allí donde confluyen las actuales reivindicaciones nacionales y las reivindicaciones inmediatas de las clases explotadas.

Por cierto esta teoría de la acción, basada en la complementación de las tendencias hacia una sociedad universal igualitaria del proletariado, de sus reivindicaciones inmediatas, y de las tendencias a crear sociedades concretas diferenciadas, nacionales, debe ser ligada a su uso táctico. Ella permite dirigirse a una clase obrera que aún "siente" a la burguesía como su líder natural, cuando esa burguesía o parte de ella propone la realización de la nación burguesa, justamente porque la nación burguesa permanece todavía irrealizada, y existen tendencias internas generales de la sociedad que son expresadas por el desarrollo capitalista. Permite ligarse a un proletariado cuya madurez de conciencia (de clase para sí) se ve detenida por nuestra estructura capitalista (periférica, basada en gran parte sobre la explotación agropecuaria, con una industria predominantemente liviana y productora de bienes de consumo, con gran proporción de establecimientos de concentración obrera mínima). Es necesario arrebatar a la burguesía banderas nacionalistas que son ciertas en nuestras manos, pero en las suyas demagógicas falsificaciones (como en el caso demócrata cristiano), y en el mejor de los casos meras ilusiones que no pueden llevar a los hechos.

No es hora de "apoyar" tendencias burguesas. No es hora de buscar por todos lados un grupo burgués nacional que, hoy, no existe. No es hora, menos aun, de seguidismo. Es hora de cobrar envergadura. De tomar sobre nosotros el "problema nacional". Sí. ¿O es que vamos a declinar esa tarea en "los otros", los que representan la enajenación, se llamen radicales del Pueblo, nasseristas, burgueses nacionales, o de otro modo?

La tarea que nos ofrece y exige la hora es de audacia y paciencia. Audacia para crear. Paciencia para remontar un camino trabajado que impone el trabajo y el sacrificio de cada hora, en cada uno de los múltiples frentes que, unidos, nos dan los lugares para la acción y forman el amplio panorama nacional. En cada uno de esos frentes: el intelectual, el sindical, el de la propaganda, el de la calle, deberemos aparecer y ser los más fuertes. No será cosa de un día. Habrá que levantar con decisión nuestras banderas, llevando a cabo la táctica que corresponda a cada coyuntura y a nuestras fuerzas reales. Deberemos ganar la primacía ideológica, derrotando el actual predominio ideológico de la burguesía. Adquirir peso político; presionar con él; mostrar de ese modo la real alternativa a las masas; crear cuadros; montar y fortalecer la organización política revolucionaria; crear el balanceo dinámico que lleva a las movilizaciones de masas; apoyarnos allí para tareas más duras. Nuestra propia capacidad en la acción nos dirá cuándo haya llegado el momento de plantear el problema del poder. Esa es la fatiga que tenemos por delante. Nuestra ventura y nuestro riesgo.

Roberto M. Pena

RESPUESTA RADICAL

Nos pareció conveniente requerir opinión sobre la encuesta abierta en esta revista a propósito de las posibilidades del radicalismo, también a un representante de las fuerzas que asumen el poder el próximo 12 de octubre, y optamos por Roberto M. Pena, diputado nacional electo por la Provincia de Buenos Aires, docente universitario y director en su momento de una revista desaparecida, "Definición". Por supuesto no teníamos duda alguna en cuanto al sentido de la respuesta de Pena, pero consideramos del mayor interés poder llegar a conclusiones, a través de ella, respecto al aparato teórico con que los hombres del radicalismo encarar su tarea de gobierno. Al requerirle su colaboración, hicimos conocer a Pena, además de nuestra encuesta, la totalidad del trabajo de Ismael Viñas sobre el tema.

He aceptado la responsabilidad de responder a la pregunta formulada en el N° 4 de esta revista: "¿Está dentro de las posibilidades de nuestra burguesía, o más específicamente, dentro de las posibilidades de la U.C.R. del Pueblo, partido preponderantemente burgués¹, el cumplimiento de un programa con las implicaciones del enunciado?" Ello no implica mi conformidad con la redacción de la pregunta. No acepto para mi partido el encuadre de "preponderantemente burgués". Y tampoco, por lo tanto, la contradicción que pretende dejarse planteada entre el "partido preponderantemente burgués" y el programa anunciado, al que implícitamente se reconoce un contenido revolucionario frente a la realidad argentina de los últimos años.

Esto requiere una explicación, que servirá a la vez para justificar al redactor de la pregunta. Es evidente que son muchos, todavía, los ciudadanos que desconocen la posición del Radicalismo actual, que se ha recontrado, y exhibe, actualizadas, las viejas banderas de Alem e Irigoyen, y nadie puede poner en duda los orígenes indudablemente populares de la U.C.R.

Afirmo que el Radicalismo se ha recontrado por cuanto es evidente, sería inútil negarlo, que durante muchos años perdió contacto —en su descargo debe admitir que dicha actitud más que querida y consciente fue una consecuencia del medio y clima en que le tocó desenvolverse— con su originaria línea popular y nacional. Después del levantamiento de la abstención —año 1936— pareció centrar su lucha fundamentalmente en la recuperación de la libertad cívica frente al fraude electoral del oficialismo, olvidando un tanto ejercitar la función de docencia democrática y hacerse eco de las reclamaciones legítimas de los trabajadores argentinos, consecuencia del creciente deterioro de nuestra estructura económica y de los problemas creados por el crecimiento industrial. De todas maneras lo expresado implica reconocer la parte de responsabilidad que correspondió al Radicalismo en la aparición del Peronismo, indudablemente muy inferior a la de otros sectores ciudadanos.

Lo expresado en el párrafo anterior explica que, sin comprender totalmente el fenómeno peronista —que tuvo raíces populares y causas legítimas y poco que ver con Perón que las desvirtuó, porque nunca las sintió con sinceridad y sólo las usó para mantenerse en el poder— y dejándose influenciar por sectores extraños

¹ "...partido preponderantemente pequeño burgués", se dice en el N° 4, y no como transcribe Pena.

al partido solamente interesados en la defensa de sus privilegios, durante una década —1945/1955— el Radicalismo centrara lo mejor de sus esfuerzos en la defensa de la libertad individual, frecuentemente desconocida por los gobiernos de la época. Y explica también la actitud indefinida y blanda que la U.C.R. adoptó frente al Gobierno Provisional posterior —1955-1958—, no obstante que ya en ese período se advirtiera en sus filas una clara reacción dirigida a su reencuentro con su línea popular y nacional.

Sería injusto no reconocer que durante ese período, en el que sus posiciones, más que queridas fueron impuestas por las circunstancias, hubo muchos militantes y dirigentes que lucharon tenazmente dentro de las filas radicales para que el partido se reencontrara con la línea de pensamiento originaria. Entre ellos quiero recordar, porque ha desaparecido y por considerarlo una personalidad excepcional en la vida política argentina, a don Crisólogo Larralde. Para quienes no lo conocieron, no lo comprendieron o juzgaron equivocadamente, me permito reproducir algunos párrafos de un artículo que escribiría para un periódico radical de Avellaneda, *El Centinela*, poco después del 17 de octubre de 1945: "El 17 de octubre salió el pueblo a la calle y produjo un acto de adhesión al Coronel Perón. Creyó que las llamadas conquistas sociales corrían peligro de desaparecer y afirmó su derecho a mantenerlas, viviendo al Coronel Perón. En este apellido la gente joven, y alguna parte de los trabajadores que no son jóvenes, ven al realizador de un programa social... Asistimos a la condenación de las manifestaciones populares del 17 y del 18 de octubre; observamos que, diarios, gremios, instituciones y partidos se empeñan en demostrar que los manifestantes no fueron el pueblo ni los trabajadores auténticos; se quiere probar que el pueblo no pudo decir 'mate un judío'; 'libros no, alpagatas sí'; 'mate un estudiante' y mil cosas más; se afirma que fue sacado de las fábricas y de los establecimientos comerciales por la violencia, por el engaño o por el soborno; que eso que desfiló era una horda de los descamisados; que el episodio entrístece, avergüenza y disminuye; que la policía prohibió todos los actos... etc. El ciudadano que escribe este artículo, hijo de una inmigrante que trabajó como sirvienta y de un obrero que perdió hace 8 años la vida mientras conducía un carro, declara que en esa multitud que desfiló encontró gente de pueblo. El autor de este artículo se encontró a sí mismo en los niños de zapatillas rotas y mal vestidos; en muchos o en todos los que fueron tildados de descamisados... Lo que ahora salió a la calle, no lo sorprende. También habría salido en aquella época; corresponde, pues, tratar de hallar las causas del episodio, extraer de él alguna conclusión, alguna enseñanza, y decir la verdad, necesaria para que ese mismo pueblo que desfiló y mucho que lo acompañó sin salir de sus casas, comprenda la verdad de su drama y la frotode de las soluciones que el país reclama". Estas reflexiones de Larralde, un maestro cuyas enseñanzas seguirán produciendo frutos, expresadas en un momento en que era difícil no dejarse atraer por el "antiperonismo" y se necesitaba valor para expedirse en los términos transcritos, confirman que muchos radicales seguían siendo fieles a los ideales de Alem e Irigoyen.

Lentamente, pero sin pausa, ha ido imponiéndose en el Radicalismo esa corriente que exhibe posiciones afirmativas y progresistas; que se enorgullece del art. 14 bis de la Constitución Nacional y quiere efectivizar las garantías en él consagradas; que es nacionalista y a la vez desea promover un mejor entendimiento entre los pueblos latinoamericanos para asegurar su bienestar y desarrollo en democracia; que tiene fe en el porvenir sin ignorar los obstáculos que tendrá que superar, tanto en el seno del partido como en el frente externo; que se resiste a ser "anti" aunque recuerde —sin resentimiento— el pasado para extraer enseñanzas y no equivocar el camino; que cree en el pueblo y en la posibilidad

de una auténtica democracia social, en cuyo seno, superando los viejos esquemas del liberalismo, los derechos del hombre adquieren categoría de verdaderos créditos contra la comunidad.

Debe destacarse que esa corriente revitalizadora del Radicalismo no encuadra exactamente en los grupos internos públicamente conocidos —Intransigencia y Renovación, Intransigencia Nacional, Unionismo y sus derivaciones—, lo que, necesariamente, ha de provocar dentro de poco un nuevo reagrupamiento en las filas del partido.

Como consecuencia del proceso interno aludido, con más claridad a partir de 1958, el radicalismo comenzó a definir su posición frente a los problemas sociales y económicos, no sólo a través de la crítica a lo regresivo y antinacional, sino, lo que es más importante, exponiendo a la vez sus soluciones. Así fue el primer partido político nacional que, con visión de futuro, advirtió al país sobre las consecuencias desastrosas de la política económico-social iniciada por Frondizi, sobre los resultados perniciosos de los contratos petroleros y eléctricos, y sobre las consecuencias perturbadoras que traería la sumisión a los dictados del Fondo Monetario Internacional. Lo hizo con valentía y gran sentido de su responsabilidad, en momentos en que muchos sectores creían en la llamada política de "estabilización y desarrollo", inspirada en un vetusto liberalismo económico ya en desuso en el mundo.

Para medir las posibilidades de realización del programa anunciado por el gobierno radical debe distinguirse entre los factores negativos y los positivos. Entre los primeros, innumerables, corresponde destacar los siguientes:

a) La angustiosa situación económico-financiera interna, agravada por inconscultas medidas adoptadas en los últimos días por el actual gobierno, que no parecen responder a ningún plan orgánico. Dicha situación se caracteriza por el descenso del producto bruto interno, una industria en real cesación de pagos, un alto porcentaje de desocupados y una masa de trabajadores que percibe salarios reales que apenas le alcanzan para subsistir.

b) Un pueblo trabajado por el decrecimiento en las instituciones y posibilidades de la democracia, que, haciendo esfuerzos por alimentar su esperanza, ha abierto un crédito de confianza al nuevo gobierno por un plazo incierto, pero que es lógico presumir caerá en el desánimo si su situación angustiosa no mejora rápidamente.

c) Una deuda exterior, que ha aumentado considerablemente en los últimos años, cuantiosa y por encima de nuestras posibilidades de cumplimiento, que será necesario renegociar inmediatamente.

d) Un comercio exterior que parece haberse detenido en el límite de los mil millones de dólares para las exportaciones, tope que será necesario y urgente superar, realizando una política de transformación agraria, como presupuesto para promover un efectivo desarrollo.

e) Una posición internacional desprestigiada por errores de conducción, tanto en lo político como en lo económico, que ha minado la confianza de los inversores, de los organismos internacionales y de los países extranjeros, hasta hacernos dudar sobre nuestras posibilidades de recuperación.

f) Un desorden administrativo que ha posibilitado negociados y contrabandos y ha trabado la aplicación de las sanciones correspondientes. Ello obligará al nuevo gobierno a una ardua tarea de reestructuraciones, como primera medida, para imponer el orden y la disciplina y extirpar prácticas viciosas adquiridas a través de años de descontrol.

Entre los factores positivos, podemos destacar:

a) El aludido crédito de confianza que el pueblo ha abierto al próximo gobierno constitucional.

b) La favorable expectativa que se observa en el exterior con relación a la futura gestión del gobierno radical.

c) La sencillez, serenidad y seguridad con que los integrantes de la fórmula presidencial, legisladores y gobernadores de provincia surgidos del radicalismo, han abordado los graves problemas que deberán resolver como gobernantes. Y el hecho de haber ratificado plenamente, después de electos, su seguridad en el cumplimiento del programa enunciado.

d) La evidente buena voluntad que vienen demostrando casi todos los sectores —partidos políticos, organismos gremiales, entidades empresarias, universitarios y técnicos— para colaborar con la gestión del gobierno. Ello será una inestimable ayuda para el normal desenvolvimiento de las instituciones, devolviéndoles el prestigio perdido en los últimos años. No se me oculta que esta digna actitud reconoce una causa común, la convicción de que nos encontramos frente a una de las últimas oportunidades para reivindicar a la democracia en Argentina. Todos estos sectores parecen estar convencidos de que el éxito del gobierno no será sólo un triunfo del radicalismo sino, y sobre todo, el de un pueblo que quiere demostrar su capacidad para superar los obstáculos que se oponen a su progreso y bienestar. Y, por lo tanto, que el fracaso del gobierno radical configuraría un verdadero desastre para el país, de consecuencias imprevisibles.

e) El hecho auspicioso de que la gran mayoría de los sectores del pueblo cree ya en la necesidad de coincidir en ciertas metas esenciales, los verdaderos objetivos nacionales, y comienzan a mostrarse capaces de dejar de lado discrepancias y resentimientos para allanar el camino hacia los mismos.

Del balance de los factores negativos y positivos surge, a mi juicio, un saldo apreciable a favor de los últimos, que permite abrigar esperanza en la recuperación argentina.

Corriendo el riesgo de fatigar al lector, he tratado de explicar, con la mayor objetividad de que soy capaz, las razones en que se funda mi seguridad en cuanto al cumplimiento de su programa por el gobierno radical. Tarea que, por supuesto, deberá ser precedida por un plan de emergencia a corto plazo —integrado por medidas económico-financieras capaces de producir efectos beneficiosos rápidamente— tendiente a aliviar sensiblemente las actuales tensiones sociales.

Aún debo agregar algunas consideraciones finales.

En primer término, que ningún ciudadano consciente puede pretender que el nuevo gobierno realice su programa, que implica un cambio fundamental en las actuales estructuras, en forma inmediata. Intentarlo, sin haber tomado previamente los recaudos necesarios y realizado un inventario exhaustivo de la real situación de la República, configuraría una gran irresponsabilidad. Un prudente orden de prioridades indica la necesidad de poner en ejecución, primero, el plan de emergencia ya mencionado, inmediatamente declarar la nulidad de los contratos petroleros y poner en marcha la rectificación de la actual política en materia energética. Así, sin prisa, que sólo preocupa a los improvisadores, se irán cumpliendo todos los aspectos del programa anunciado. Puede asegurarse, para satisfacer la intranquilidad de algunos descreídos, que el gobierno radical realizará una política de auténtica transformación agraria —prefiero no usar el término "reforma", desvalorizado por su uso indebido— pues es el único medio apto para producir un efectivo aumento de las exportaciones, necesario para equilibrar la

balanza comercial frente al previsible crecimiento de las importaciones como consecuencia de la reactivación del mercado interno y de un auténtico desarrollo.

En segundo término, corresponde no descartar, entre los obstáculos que el nuevo gobierno deberá superar, a los representados por los núcleos llamados de "izquierda", comunistas y camaradas de ruta en todos sus matices, los sectores peronistas influenciados por ellos y los grupos de la UCRI que responden a Frondizi y Frigerio, pues, si trabajaron en común apoyando la política impuesta por el gobierno desde 1958, no puede esperarse que acepten la derrota sin intentar resistencia. Cabe destacar, además, que a los primeros la realización del programa radical, es decir el establecimiento de una época de paz y prosperidad, los dejará sin clientela para la colocación de *slogans* aparentemente progresistas.

Y por último, que no se me escape que algunos ciudadanos, por no haber seguido de cerca la evolución que se viene operando en el radicalismo y que aún debe cubrir no pocas etapas para llegar al ideal que muchos no hemos trazado, puedan seguir dudando sobre las posibilidades de este partido, al que califican injustamente como "preponderantemente burgués". Espero que los acontecimientos se encarguen de desvanecer sus dudas. Pero lo que puedo asegurarles es que en caso contrario, si esa seguridad en el cumplimiento del programa fuera defraudada, seremos muchos los que preferiremos quebrar el asta antes de arriar la bandera.

CeInCI

Documentos

AGRUPACION CIUDADANA POR LA SOBERANIA ARGENTINA (A.C.S.A.)

El 7 de julio el pueblo argentino concurrió a un comicio con proscripciones y limitaciones de las libertades públicas. Esa elección conegó la fórmula Illia-Perette y un programa nacional compartido en su esencia aun por sectores que se expresaron en favor de otros partidos políticos populares y aquellos cuyo pronunciamiento fue impedido por medidas restrictivas antidemocráticas.

La anormalidad del proceso electoral y la crisis que el país padece, plantean al pueblo una disyuntiva: asumir una actitud a priori, de oposición negativa y estéril, fundada simplemente en banderías políticas o en la pretensión de retrotraer el proceso por haberse llegado a los resultados actuales con derechos ciudadanos y sociales conculcados; o adoptar una actitud clara, desinteresada y políticamente imparcial, con patriótico espíritu de construcción nacional, de apoyo y exigencia combativa del cumplimiento de un programa que no es propiedad de ningún partido, sino de todos los argentinos de bien que antepone los destinos de la patria y la felicidad del pueblo a cualquier otro interés.

El primer camino no es el que anhela el pueblo, pues todos deseamos la pacificación nacional edificada sobre el respeto a las libertades públicas, sin el odioso régimen de las proscripciones y en función de una más justa distribución de la riqueza.

Los ciudadanos electos para ocupar los primeros magistratos del país han reiterado sus compromisos públicos de recuperar inmediatamente el petróleo y la energía, comenzando por la nulidad de los contratos petroleros y eléctricos; de desvincularse del Fondo Monetario Internacional y de cualquier otra entidad económica o financiera lesiva a la soberanía nacional; de defender la industria y los negocios auténticamente nacionales, sin privilegios de grupos, disponiendo de inmediato medidas financieras y crediticias que permitan seguir produciendo, para asegurar así la plena ocupación y la capacidad adquisitiva del mercado interno; de mantener y acrecentar los conquistas sociales y sindicales; de cambiar la vetusta estructura agraria; de promover la cultura, el arte y la hincapié al servicio de los auténticos intereses nacionales; y de conducir las relaciones internacionales con dignidad e independencia, lo que sólo podrá lograrse con hombres de probada trayectoria al servicio de estos objetivos.

La sola posibilidad de realización de tan claras aspiraciones, que vienen de nuestra historia, ha puesto en marcha a los intereses afectados, lo que se evidenció en la sutil maniobra de intento de desintegrar la fórmula mayoritaria en el Colegio Electoral, superada por la repulsa de la opinión pública.

Por estos escuetos y fundamentales razones, los firmantes hemos resuelto constituirnos en una agrupación ciudadana, sin banderías políticas, en apoyo, defensa y con vigilancia del programa prometido; a ella podrán incorporarse todos los hombres y mujeres que compartien estas aspiraciones. Las adhesiones se reciben en Leandro N. Alem 639, piso 19, departamento 7 y en Cangallo 1561, 49 piso, Capital Federal.

Firmas: Abinzano Marcel; Aldao María T.; Aldorsio Elena; Aldorsio Ricardo; Almada Saúl; Alvarado Juan; Alvarado Mario; Alvarez José; Amor Cecilia; Annes Guillermo; Arzac Isabel A. de; Avalos Noguera Sebastián; Azzaretti Roberto; Barberis Pedro; Barnatan Elias; Barnatan Jaime; Barnatan M. de; Baretto Magdalena; Bozzolo Dr.; Broquen Enrique; Caballero Cosme; Cabos María C.; Cabrera Oviedo Carlos; Caló José; Campana Anunciado; Cantani Horacio; Capello Jorge; Casas Luis; Catalano Luciana; Cejas Felipe; Clara Alejandro; Clemente, L.; Cocciaró Magdalena de; Couri Alberto; Crispini Rosa; Cuenca J. J.; Chalcoff Tomás; De la Vega Delfor F.; Del Río Jorge; Dhillipis Aurora; Doniza José; Espina Juan C.; Esquenón Blanco; Fiordelis Domingo; Fuembuena Eduardo; Gago Raúl; Gallegos Joaquín; Gandolfo J. B.; García José; Geronimi Ernesto; Goligorsky Eduardo; Goldstraj Juan; Gómez Alejandro; Gomila Roberto; Grandinetti Pascual; Heinberg Carlos; Ibarra Lorenzo; Iturraspe Bernardo; Cap. Jarnet; Laguna Jorge W.; Leiva Dubrovsky Jaime; Leiva José S.; Lemos Manuel A.; Levenson Gregorio; León Enrique; Linos Manuel; Lodola Raúl; Mackenzie Alberto; Maisonave Eduardo; Marchini Attilio E.; Moza Gregorio; Medina Oreste; Meik Moisés; Matar Raúl; Miguel Armando; Moreno Ramón; Navarro Eusebio; Nieva Jorge W.; Nieva Olivia; Noia Selma M. de; Noia Vicente; Notta Julio; Pasini Juan; Peralta Juan José; Pereira Basilio; Pereiro José; Pintos H.; Pons Suárez Jorge; Pose Clemente; Push Juan C.; Redelico Domingo; Renedo Luisa N. de; Reynal O'Connor Luciano; Rivero Enrique B.; Roca A. H.; Rodríguez Alejandro; Rodríguez Dionisio; Rosenkrant Eduardo; Rullian José; Ruiz Federico; Salomón Angel; Salinardi José; Santoni Nabucodonosor; Sauro Magdalena; Sbarra Pedro; Scherman Efraim; Schiff J. C.; Schneider Paulino; Selzer Gregorio; Smith Raúl C.; Siler Osvaldo; Sorroquieta Manuel; Spagnuolo Vicente; Speranza Carmelo; Tartara Juan José; Tausz M. J.; Tesol de Fernández Elvira; Thonon María E.; Tognetti Ribella; Tomé Elba; Tomé Susana; Trejo Horacio; Ugarteche Adalberto; Vaisman Carlos; Veksman David; Viggiano C. de; Viggiano Víctor; Villa Ignacio; Villarreal Julio; Viscay Luis A.; Warnes Arturo; Yakin Francisco; Zeu Albio.

CeDInCi

COMITÉ DIRECTIVO Y ASISTENTE

DISCUSIÓN

Director: JORGE A. CAPELLO

Suscripción a 3 números de 1963 (7 a 9), \$ 45.-, que pueden remitirse mediante cheque, giro o estampillas postales, a nombre del director, C.C. 158, Suc. 1, Buenos Aires.